

Revival, ayudamemoria (*)

El complejo de Edipo y los Gandhaves (trabajo incluido en el segundo tomo de las obras completas) se articula sobre lo que Lacan llamó los cuatro conceptos fundamentales: inconsciente, repetición, pulsión y transferencia. Fatone intenta mostrar una simetría invertida, fecunda para abordar las relaciones entre el budismo y el psicoanálisis.

El budismo parte del nirvana y termina reconociendo el deseo de los padres, el psicoanálisis parte de este deseo-Edipo, el complejo parental- y se encuentra con el nirvana (pulsión de muerte).

El postulado que sostiene este "teorema" es el texto *Vasubandhu* que- como lo explica Fatone-no necesita de ninguna interpretación puesto que a la pregunta por la reencarnación el texto responde que el ser turbado por la pasión, va, por deseo de amor, al lugar de su destino (...) Ve el lugar de su nacimiento, aun desde lejos, ve a su madre y a su padre unidos. Su espíritu es turbado por el efecto de la complacencia y la hostilidad. Cuando es macho está poseído por un deseo de macho hacia la madre; cuando es hembra, está poseída por un deseo de hembra hacia el padre, e, inversamente, odia ya sea a su padre, ya sea a su madre, a quien contempla como a un rival, como a una rival... El espíritu así turbado por esos dos deseos erróneos se adhiere al lugar donde están unidos los órganos, imaginándose que es él quien se une."

La pulsión de muerte introducida por Freud en "Más allá del principio del placer" produce la ruptura con las éticas utilitarias (James y Stuart Mill) y con el hedonismo en boga. Ya no se trata de un aparato regulado por la búsqueda del placer y la huida del dolor, sino por la repetición que excede la voluntad del sujeto. Es verdad que la divulgación psicoanalítica sigue-en la actualidad- suponiendo que el análisis es una técnica de la felicidad, pero hay que encontrar aquí los ecos de una ruptura. Wilhelm Reich "rompe" con Freud siguiendo esta ideología de la felicidad y lo acusa de reconciliar al psicoanálisis con la sociedad al "justificar" la represión por la repetición. Es que para Freud-como para los estoicos- las cosas se alejan de la posibilidad de fundar al sujeto en el justo medio. El goce-la repetición, la pulsión de muerte, el masoquismo- es sacrificado a la castración para instituir la ley del deseo y asegurar el placer, el único (justo) medio que permite gozar lo menos posible, según Lacan.

Desde entonces se dirá que Freud fundó la pulsión de muerte en el mito biológico de un retorno a lo inanimado (1920), sin leer lo que en 1923 ("El yo y el ello") rectifica este postulado para fundar la pulsión de muerte en relación con el narcisismo y las identificaciones. Dejemos aquí este difícil problema para retornar a la lógica del texto de Fatone.

Partiendo de *El banquete* de Platón, el texto marca la anulación de la diferencia macho/hembra en el mito del andrógino y descubre la imposibilidad de la relación sexual. El amor no era la simple búsqueda del placer sexual- escribe Fatone-, sino el deseo de

reintegrarse a la antigua unidad. Las pulsiones son nuestra mitología (afirma Freud), porque mitologizan lo real (agrega Lacan). Los postulados del psicoanálisis no tienen un estatuto óntico porque surgen de la escucha de un discurso que es el fundamento de sus teoremas. El saber del inconsciente y el saber de lo real se encuentran en una relación de convergencia y exclusión.

Es por el amor que el goce se anuda en la muerte cuando llegase el momento de pasar al reino de Hades- escribe Fatone- seguirían siendo uno en vez de dos, unidos en una sola muerte. En el ansia de volver a unirse, las mitades son capaces de estrecharse hasta morir de hambre y de inercia, y cada una se niega a hacer nada sin la otra (1). Si hay que volver a unirse es porque el sujeto se constituye por la pérdida de la unidad de su ser, por eso Fatone llega al *Bar do* (traducción tibetana del entre-ser) donde los seres intermedios (los andróginos) erran en la búsqueda de su "matriz perdida".

Dejamos este texto cuya lectura podría proseguirse mucho más allá, habiendo marcado sólo en parte la importancia de su lectura.

Si los filósofos pueden producir escritos que soportan una relación con el discurso del psicoanálisis, es porque los que se autorizan en la práctica transforman los textos en un metalenguaje que les otorga la cifra de una relación hermenéutica con aquello que escuchan. Sin embargo, entre nosotros, es necesario diferenciar dos vertientes de la estrategia filosófica: 1) La que va de Alejandro Korn a Vicente Fatone prosigue una crítica del positivismo (sea la psicología experimental en el primer caso, sea la razón soberana en el segundo). 2) A la inversa, la línea que va de Carlos Octavio Bunge a Guillermo Macci es una defensa de ese positivismo (empírico, el primero, materialista el segundo.) Macci, por ejemplo llega a repetir una antigua idea de Pizarro Crespo -que citaremos más adelante sobre la relación entre el narcisismo y la sociedad capitalista, para proponer la solución de una creencia. Es por ello que creemos- escribe- que es necesario ahondar la dialéctica de Lacan a través de la dialéctica materialista. Esta aporta la cuestión del lugar del psicoanálisis en el seno de las relaciones sociales. Por supuesto, la materia verdadera es "la materialidad de las relaciones de producción. Cualquiera otra forma de materialidad que la desconozca corre el riesgo de transformarse en una metafísica de la materia" (2). El fantasma de una metafísica de la materia es levantado para exorcizar la materialidad del significante postulada por Lacan, la que debe corregirse ligando "la dimensión del deseo a la infraestructura (...) el campo analítico en relación al complejo campo de la producción social" (2).

El inconsciente de Macci está constituido por "las estructuras más elementales del funcionamiento social", de manera que el cuerpo del goce es medido una vez más en términos de utilidades que se bautizan de producción.

Los filósofos aparecen siempre como agonistas y/o antagonistas de un idealismo que suponen constitutivo del discurso psicoanalítico, seguros de que más allá existe un metalenguaje (puede ser la física, la biología, la experimentación, la epistemología, la dialéctica materialista) que en los buenos tiempos se llamaba filosofía de la ciencia. ¿Cómo

es posible una ciencia (humana) después del inconsciente de Freud? Borges dijo alguna vez que el mundo se divide entre aristotélicos o platónicos, pero agregó también que la historia es el transcurrir de algunas metáforas. ¿Cómo se puede seguir hablando de modelos - después de lo que se ha escrito sobre la metáfora- sin comprender que lo real sigue funcionando allí como una sustancia duplicada en la heterogeneidad del discurso?

Volvamos a un lenguaje que no puede hacer sistema con la filosofía: "Nos hemos visto llevados a la fenomenología- escribe Masotta en 1964- arrastrados por la crítica de Politzer, ya que sus posiciones, si bien no declaraban un parentesco con la fenomenología, podían muy bien ser consideradas como tales. Pero en Politzer, las dificultades son menores. Ya no se trata de justificar la noción de inconsciente dentro de los límites estrechos de la fenomenología, sino de rescatar, más bien, los derechos del inconsciente frente a una crítica hecha desde una perspectiva fenomenológica -y que coincide en lo esencial con las limitaciones de la posición sartreana-" (*Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía*). Masotta marca el corte con la filosofía y además anticipa lo que Lacan llamara *lalengua* como diferencia con la Lengua de los lingüistas y la estructura de la antropología. En efecto, escribe Masotta en el mismo artículo: "Pero que el inconsciente esté estructurado como un lenguaje no significa que no existan diferencias entre la estructura de una lengua (el "sistema" de los estructuralistas) y la estructura del inconsciente.

Sin embargo esta ruptura con el campo de la filosofía y del estructuralismo que Masotta provoca en 1964 se vuelve a cerrar ocho años después cuando desde la filosofía-esta vez por el santo y seña de Althusser- Guillermo Macci intenta una lectura *sintomal* de Freud que sería del mismo Lacan. Pero entonces aparecen ciertas operaciones: el deseo según Hegel (cuando Lacan dice que sus referencias al mismo son didácticas), el inconsciente como "código" (cuando Lacan explicita que no se encuentra allí la correspondencia entre un signo y una cosa), el Otro referido sólo a la ley (cuando Lacan lo refiere también al *Trieb* como tesoro del significante), (G. Macci: *Epistemología y psicoanálisis. Acta Psiquiátrica*, Vol. XVIII, 1972, Buenos Aires).

Estos ecos de la filosofía, que Masotta abandona y Macci sostiene, se comprenden desde la entrada triunfal que el Congreso de Mendoza marca: entrada de la fenomenología en la psicología, dominio absoluto del campo universitario. Aunque la fenomenología había perdido hegemonía, después de 1955 se abre a las variantes comprometidas levantadas desde Sartre. Algunos, como Carlos Astrada y León Rozitchner, llegan hasta el marxismo después de un recorrido que sigue la curva de la declinación del discurso de la filosofía. *Heidegger, el límite*. Todo intento de aplicación (ontoanálisis, psicoanálisis existencial, etcétera) naufraga en el absurdo y solo puede servir- Jaspers mediante- para que una cierta dimensión "poética" otorgue brillo al cristal opaco de la psiquiatría pesada.

O bien-Sartre mediante- para que el discurso universitario se ponga a dar a entender que está de vuelta, por la existencia, de un psicoanálisis que desconoce.

La fenomenología con su diálogo, su horizonte de libertad, su pensamiento e incluso su reducción al suspenso virgen de una calculada inocencia, dejará paso a una fascinación por el discurso "*maitre*" de la locura como estado de una soberanía del ser.

Entre nosotros, la traducción de los libros de Laing produce el revival de textos obligados en las universidades después de 1966. (H. Ey, R. May, Binswanger, etcétera).

La visita a la Argentina de D. Cooper, bajo la bandera de la antipsiquiatría, es una consecuencia de esta psiquiatría (aunque se cambie a Jaspers por Sartre).

NOTAS

(*) Texto extraído de *La entrada del psicoanálisis en la Argentina- Obstáculos y perspectivas*. Capítulo "La peste, la dispersión," de Germán L. García, Ed. Altazor, 1978, Buenos Aires (primera edición). Hemos publicado la versión de su re-edición 2005, Editorial Catálogos, Buenos Aires: páginas 167 a 172-.

(1) El autor se viene refiriendo al libro de Vicente Fatone *Obras Completas* (tomo 1 y 2) Ed. Sudamericana, 1972, Bs. As (2) Guillermo Macci, Lacan y la autocrítica del psicoanálisis, Rev. Imago N°2, 1974, Bs. As.